



En torno al duelo y sus significados

Alfonso García

Los muertos son seres invisibles, pero no ausentes.

San Agustín

Introducción

El profundo y duradero impacto que puede ocasionar la pérdida en las vidas de los individuos y grupos sociales es señal de la importancia del tema que nos trae y del protagonismo que ha de cobrar su estudio, la investigación e intervención desde las distintas disciplinas sociales y médicas en nuestra sociedad actual, en lo relativo a los discursos en torno a la pérdida, el duelo y la muerte. En palabras de Christine Valentine (2006:57-78) *en la actualidad se ha producido una fractura conceptual y disciplinaria en el modo de entender la pérdida en el mundo moderno, al ser psicologizada y medicalizada, mientras que el luto y el duelo, a modo de ritual de comportamiento ha sido romantizado y abordado como algo exótico* (Hockey, 1996, 2001; Walter, 1999).

A medida que avanzo en el trabajo con personas que han perdido seres queridos y en particular con madres y padres que han perdido hijos, descubro que sus procesos tienen más de misterio y de sentido personal y social en el proceso vivido, desde la realidad manifiesta de los hechos. Encontrándome frente a biografías cargadas de significados narrativos, sensoriales, vivenciales, biológicos, y conductuales no al margen de los planteamientos socioculturales en evidente y clara transformación en nuestra sociedad tan variable. Biología y cultura se dan pues la mano en el entendimiento de la pérdida, de ahí que aun siga vigente el planteamiento que de sufrimiento físico otorgó a la pérdida Sigmund Freud cuando comentaba que *una ausencia, un objeto perdido, crea exactamente las mismas condiciones de dolor que una parte herida del cuerpo*¹ lo cual ya nadie duda en nuestra sociedad. Sabemos que nuestro mundo sensorial y verbal, se ven afectados incluso al visionar una película, cuando más cuando perdemos a alguien que amamos, expresado en palabras de dolientes: *Es como si quien muere nos arrancase parte de nosotros llevándose lo consigo dejando en su lugar un enorme vacío* que puede convertirse en algunas personas y sociedades en una gran abismo a la hora de posibilitar el sentimiento compartido de la pérdida y el sentido que damos a nuestro ser querido. Ayudando o dificultando la posibilidad de dignificar al difunto, revelador para sus seres queridos que quieren que así sea.

Madres y padres que han perdido hijos dan sentido con su vida a la vida de sus hijos y a la muerte de sus hijos, prometiéndose que siempre sus seres tendrán memoria, y sus vidas sentido, cual cenotafio vital.

Las sociedades actuales, cada vez más diversas y complejas, funcionan en ocasiones cual barrera que obliga a los dolientes a recluirse en un mundo interior, impidiéndoles hablar, haciéndoles callar, desde el sano planteamiento de autoprotección social que busca organizar sus defensas, que dirige a quienes viven un proceso de duelo a

¹ Freud, S. (1973) *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras Completas, Vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva.



situaciones de no apoyo efectivo dificultando el que los dolientes encuentren sentido a la muerte al robarle en ocasiones los significados sociales y de representación que puedan tener. Sumando al ya difícil proceso del duelo, la sensación de estar caminando sobre arenas movedizas, inseguridad, desesperanza, abatimiento, vergüenza o culpabilidad. En un escenario social de silencio manifiesto que camina con paso firme hacia la individualidad en lugar de hacia la colectividad². La cultura como creadora de sentidos ha de ser facilitadora de la reorganización de las representaciones de los dolientes.

La muerte en nuestra sociedad

Tal como referimos, el duelo, como experiencia humana, es en parte natural y en parte construido. Por un lado, las características centrales de nuestra respuesta a la pérdida reflejan nuestra herencia evolucionista como seres biológicos y sociales, derivada de la interrupción de los lazos de apego necesarios para nuestra supervivencia, mientras por el otro, los seres humanos responden a la pérdida de un ser querido tanto en el nivel simbólico como biológico, atribuyendo significados a los síntomas de separación que experimentan, así como a los cambios de la identidad personal y colectiva que acompañan la muerte de un miembro de la familia o de una comunidad más amplia (Neimeyer, 2002b).

En la actualidad, las culturas occidentales contemporáneas están dominadas por lo que se podría determinar como una comprensión existencialista del duelo, la idea de que el duelo representa una respuesta “natural” a las pérdidas profundas (*no todos los duelos están asociados a la muerte*³), caracterizada por síntomas, estadios o intentos presumiblemente universales (Neimeyer, 2002, 2005). Esta perspectiva sitúa, además, el dolor *dentro* de las personas, ya que existe un fuerte énfasis cultural en el individualismo y una tendencia a atribuir la ansiedad humana a los estados interiores o a las características de las personas afectadas, más que a sistemas y estructuras sociales más amplias (Foucault, 1970). De esta tendencia nace el planteamiento de “psicologizar”, que se sustenta en los avances en la investigación médica y psicológica, y por un clima optimista que prescribe el *counseling* o la psicoterapia como la respuesta adecuada a un amplio abanico de problemas.

A pesar de los beneficios humanitarios y científicos de los enfoques psicológicos, el fenómeno de la muerte y del duelo también necesita un análisis desde unas perspectivas disciplinarias más amplias, sobre la que los antropólogos, durante mucho tiempo se mostraron intrigados tales como las formas en que las diferentes culturas han construido creencias y prácticas únicas mediante las cuales otorgan un significado a la mortalidad y a su rol en la vida humana (Campbell, 1988). Efectivamente, el intento prehistórico de formular teorías mitológicas, cosmológicas sagradas y seculares sobre la vida y la muerte define en un sentido la cultura, entendida como una respuesta distintiva del grupo a las eternas cuestiones “¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿A dónde vamos?”. Desde este punto de vista englobador, la muerte se convierte no solamente en un hecho meramente biológico al cual sucumbimos, sino también en un catalizador para la construcción de marcos culturales evolutivos de significados que unen a los miembros de las sociedades a través de generaciones.

² Hanus, M. (1994) *Les deuils dans la vie*. Maloine. París.

³ La cursiva es mía.



Muertes desiguales en un mundo desigual

No todas la muerte son iguales, además de que la situación de pérdida y el modo en que sucede, repercuten y condicionan las reacciones de los supervivientes, desde causas que avanzan en un sentido de mayor o menor aceptación. La muerte a una edad avanzada o la muerte de un niño comportan en algunos momentos justificaciones bipolares, ya que mientras el anciano ha completado un ciclo cronológico, al niño se le ha "arrebatao" la vida, lo cual marca el duelo y luto de madres y padres, atribuyendo a la muerte ser antinatural e injusta. El contexto familiar y cultural potenciarán que se de o no sentido a la muerte, y por ejemplo que se acompañe a la viuda, o se le obligue a vivir el duelo aislada, sumida en un ambiente de inseguridad para sus hijos, o incluso agravando aun más la situación del proceso de duelo al modificar el envoltorio sensorial que rodea a quien sufre el luto al instalarlo en un medio de indiferencia protectora pero no resiliente.

Algunos autores consideran la muerte de un hijo menor es el acontecimiento estresante vital más importante, que puede verse agravado si le sumamos a la misma, la existencia de antecedentes previos: psiquiátricos, situaciones de discapacidad física, pérdidas no resueltas y rasgos de personalidad como tendencia a la baja autoestima, hiperacusaciones, dificultad para expresar las emociones; situaciones sociales de aislamiento, desempleo, bajo nivel socioeconómico, separación del ambiente cultural o religioso, otras pérdidas recientes acumuladas y la convivencia en ambientes sobreprotectores donde se tiende a evitar las situaciones de dolor.

Las reacciones emocionales más fuertes y prolongadas del duelo, se manifiestan cuando la muerte es imprevista y no ha habido tiempo para programar o anticipar el suceso. De pronto los supervivientes se encuentran frente a un drama: un accidente de tráfico, un infarto, un suicidio, un embarazo interrumpido, un asesinato, provocando un fuerte shock a quienes conocían a la víctima. En el caso particular del suicidio los supervivientes quedan además de con el dolor que ello supone, con interrogantes sin respuestas y el sentimiento de culpa de no haber podido prevenir la muerte.

Decimos adiós a alguien en un contexto, en el que desempeñaba unos roles, con determinadas funciones, y relaciones, y en el que hemos dado diversos significados a la relación, que influye en el proceso de nuestro luto, más allá de los distintos grados de parentesco: padre o madre, hijo, cónyuge, rol desempeñado por el fallecido, roles sexuales, creencias espirituales, calidad de la relación mantenida con el difunto tanto psicológica como económico - social. La sensación de que el duelo es más complejo se hace patente en la expresión de dolientes de culpa acentuada sobre todo en el caso de relaciones problemáticas y de incomunicación, además del hecho de que factores culturales faciliten o no la expresión de determinadas conductas de duelo.

Defendemos un enfoque sobre el *duelo ampliado* que incluye, no sólo la experiencia idiosincrásica de los duelos individuales, sino también el impacto recíproco de la pérdida en las familias y grupos (sub)cultural (K. R. Gilbert, 1996: 269-284 J. W. Nadeau, 1997). Un estudio de E. S. Traylor y otros (2003: 575-601) realizado desde la perspectiva de los sistemas familiares, atestigua sobre la manera de cómo la cohesión y la comunicación familiar predice a largo plazo el camino del duelo, mucho más de lo que los niveles tempranos de duelo pueden predecir en cuanto a la posterior cohesión familiar. Está claro que el duelo es un proceso tanto social como individual y que se necesita prestar más atención a cómo las familias y otros grupos sociales pueden propiciar o impedir la adaptación de sus miembros.



Familia, muerte y cultura

La familia, inserta en un mundo cultural, con sus comportamientos, tradiciones, valores sociales, expectativas, etc., y las distintas culturas afrontan el problema del duelo y de la muerte de maneras heterogéneas. Mientras existen culturas en las que se alienta y exterioriza la expresión de los sentimientos en otras se impone una actitud de reserva y anonimato, resultando evidente que el clima cultural con sus condicionamientos y múltiples facetas influye en la elaboración de la experiencia luctuosa.

Al estar inscrita la familia en un ciclo vital que se repite a través de las generaciones, la muerte es una invitada que reubica en unas nuevas coordenadas su integridad, haciendo coincidir este hecho con la continuidad de los deberes establecidos en su cumplimiento en cada individuo. Las reverberaciones de este hecho acontecido tiene respuesta en evidencias psiquiátricas de la asunción de la pérdida de cada integrante en forma de expresiones de ansiedad y depresión como la patológica del duelo, asimismo una mayor vulnerabilidad a la enfermedad y a la muerte según estudios (Stroebe & Stroebe; 1993).

De gran importancia es también la red de sostén social da ayuda a los supervivientes ya sea en el caso de la dimensión religiosa, desde la aportación que las religiones aportan mediante sus ritos y valores, o a través del consuelo y guía: amigos, voluntarios, información y aportaciones específicas para superar momentos críticos, los cuales suelen venir dados por profesionales tales como terapeutas, enfermeros, médicos, psicólogos, asistentes sociales, sacerdotes, etc.

Un sistema de apoyo que otorga ayuda importante a individuos en situación de duelo, y del que no todas las personas en duelo necesitan obligatoriamente, está representado por los llamados grupos de ayuda o apoyo (sup-port-groups) formados por personas que han sufrido pérdidas y que tienen un encuentro cada cierto tiempo para intercambiar sus experiencias, para darse ánimo y crear una red de mutuo sostén tanto dentro como fuera del grupo fundamentalmente para personas que se encuentran solos, personas vulnerables debido a las causas de muerte: suicidio, homicidio, SIDA, o catástrofes que provoca varios duelos a la vez, o incluso es posible que no dispongan de las competencias psicológicas necesarias como para poder hacer frente a este acontecimiento (Poletti & Dobbs, 2004: 144). Nuestra experiencia directa con algunos de estos grupos confirma el beneficio que pueden obtener de ello los participantes, no siendo de extrañar que tras los resultados de investigaciones en este sentido en distintos países: médicos, enfermeras, psicólogos, trabajadores sociales hayan creado estructuras para ayudar a personas sin el apoyo adecuado. Formándose grupos de ayuda desde unidades de cuidados paliativos u organizaciones tanatológicas, que buscan facilitar la expresión de sentimientos y emociones relacionados con la pérdida y en última instancia la curación.

Cada uno de los eslabones sociales mencionados representa un apoyo potencial o real para quien está de luto y un espacio a tener en cuenta para dirigir nuestra mirada, atención y recursos afectivos y creativos. El individuo con sus características y recursos personales es quien puede elaborar de manera positiva una pérdida luctuosa, pudiendo ser sus reacciones diversas y/o ambivalentes: pudiendo ser devastadoras y paralizantes a ser una experiencia de crecimiento personal. De encontrarse perdido a descubrirse, de abandonarse a intentar salir por todos los medios.

Son diversos los factores internos del individuo que explican sus reacciones: La edad, la personalidad, su capacidad para afrontar el estrés, su visión de la vida, la confianza en sí mismo. Investigaciones llevada al efecto por Maddison (1969) y por Raphael (1984) indican que individuos socialmente aislados o que están educados para no



expresar su dolor, o en el caso de viudas jóvenes con hijos, son más vulnerables al un luto cargado de dificultades.

Aunque no hay estadísticas al respecto en nuestro entorno, creemos que entorno a un 70% de las parejas que pierden a un hijo acaban sucumbiendo a la separación, en el año y medio siguiente, pues no son capaces de rehacer sus vidas en esta situación en la que se impone el *olvidar frente al recordar*, y en la que madres y padres se hacen promesas que en ocasiones los alejan a unos de otros: sentido de la traición y del recuerdo permanente, del sufrimiento o el gozo.

El estilo de apego que caracteriza a las parejas nos permite predecir el sufrimiento de la viudez. Las parejas en las que cada uno servía al otro de base de seguridad única, vivirán una soledad dolorosa, ya que el apego excesivo es casi siempre prueba de un vínculo inseguro en el cual la presencia del otro es indispensable y la desaparición del ser querido provoca un desgarramiento traumático como el que sucede al bebé de pecho que pierde a su madre. La confusión mental y desinterés explican el elevado número de accidentes que sufren viudos con este tipo de pareja (Boris Cyrulnik, 2007: 91). Por otra parte, los estilos de apego ambivalentes, en el que los desacuerdos son la realidad de la vida cotidiana, suelen anticipar una viudez menos dolorosa (Parkes & Weiss, 1993) aunque la realidad de las pérdidas y su modo de vivirla nos sorprenda en algunos casos de modo ambivalente, además de que hombres y mujeres expresan el proceso de la pérdida de su cónyuge de modo diferente, aunque en general los viudos se suicidan más que las viudas.

Lo cierto es que la pareja tiene un efecto protector contra la enfermedad y la depresión, independientemente que se hayan modificado y evolucionado los rituales en el seno de la familia y la sociedad. Las consecuencias sentimentales así como las modificaciones conductuales y biológicas que sufren los dolientes dependen de la confluencia de todos estos factores y no sólo de una única causa que lo explique todo.

Las pérdidas trastocan el significado que atribuimos a las cosas y a lo que sucede a nuestro alrededor, lo que puede llevar a los dolientes a que acepten sufrir enfermedades, dolor, odiar al mundo u otras cuestiones de gran calado. La muerte supone una acción de construcción y reconstrucción personal, tal como refiere Attig (1996) que supone un estado de privación que redefine y delimita las circunstancias y posibilidades, a modo de proceso de remodelamiento de las acciones y una nueva dirección que supone una respuesta activa tanto emocional, psicológica, conductual, social, intelectual y espiritual para conectar con patrones cotidianos de vida, redefinir la propia narrativa y la red de influencias familiares y sociales.

Las teorías del apego, tras mantener algunas disputas de familia con el psicoanálisis, han consensuado que el soporte es la biología, que justifica una serie de manifestaciones: llanto, agitación, búsqueda del objeto perdido, conservación de recuerdos para mantener dentro de sí a la persona fallecida "viva", y posteriormente redefinir la relación con el difunto, mediante significados personales que reestructuran nuestra manera de amarlo.

Cuando quien muere es un niño

En la sociedad occidental, la muerte de un hijo parece fuera del orden natural, algo que hace estremecer los fundamentos de nuestro mundo de creencias. La muerte del hijo lo cual provoca que quienes les rodean los esquiven, tal como harían con un mutilado, puesto que incita en ellos miedo y ansiedad. Otro autor, Knapp (1986) nos refiere que la imagen de sí mismo del padre y de la madre se modifica, habiendo encontrado seis características principales comunes a todos los padres que han



perdido a un hijo, a modo de *pautas modales comunes de respuesta*, tal como las denominó pues se daban en una amplia mayoría de los padres de su muestra tanto en la forma como en la intensidad, entrañando unas connotaciones beneficiosas y otras perjudiciales. Sin tener en cuenta las connotaciones estas pautas modales de respuesta representan aspectos naturales del complejo fenomenológico del proceso del duelo. Las seis pautas modales comunes de respuesta identificadas son: 1. - La promesa de no olvidar nunca al hijo. 2. - El deseo de morir. 3. - Una revitalización de las creencias religiosas. 4. - Un cambio de valores. 5. - Una mayor tolerancia. 6. - Sombra de dolor.

En el proceso de la pena está inmersa una sensación de afrenta que emerge, en especial tras la muerte de los niños, como una necesidad de justicia. Nuestro sentido de rectitud sobre la vida se siente profundamente ofendido cuando un niño muere y a menudo tratamos, en nuestra pena, de enderezar esta situación, Lee (1995).

Muchas mujeres, desde el momento de la confirmación del embarazo se ven inundadas por ilusiones, sueños y la esperanza de un recién nacido saludable. Pero cuando se diagnostica al niño alguna condición que le limitará la vida, como anomalías congénitas o enfermedades metabólicas o neuromusculares progresivas, desembocan en un duelo profundo de los padres. Según Ross (2002) la "pena crónica" que conllevan estas pérdidas implica no sólo la renuncia a los sueños del pasado y una constante revisión de los planes presentes y patrones de enfrentamiento, sino también una anticipación de un futuro que está "privado" de "marcadores" que estructuran normalmente el ciclo de vida familiar (por ejemplo, el día de la graduación y la boda). Pero incluso ante esta erosión del mundo de creencias existente, muchas familias encuentran significado, poder, y valor en su experiencia de ser padres de niños discapacitados. Milo (1997), en su investigación cualitativa de madres cuyos hijos discapacitados habían muerto, explicó que la mayoría de las madres conseguían encontrar un significado y un beneficio en la vida y muerte de su hijo y eran capaces de continuar viendo el mundo de forma positiva y finalista. A pesar de la gran cantidad de responsabilidades en el cuidado y la triste doble pérdida -del hijo "deseado" y del hijo real- estas madres atribuyen a esta experiencia el mérito de haberles hechos más conscientes de lo esencial de la vida y del poder del amor. Como resultado de la supervivencia al período de cuidados y a la pérdida, se volvieron más pacientes, confiadas, empáticas y no juzgaban a nadie. A pesar de que seguro que no habrían deseado nunca pasar esta experiencia, ni se la hubieran deseado a nadie, estaban agradecidas por haber aprendido esta lección. Similares beneficios agrídulces aparecen con la pérdida de hijos no discapacitados.

La investigación sobre la crisis de significado en el duelo paterno indica que la búsqueda de significado es primordial para el proceso de reajuste después de la muerte del hijo, y que los padres que son capaces de encontrar estos significados volviéndose más compasivos y más fuertes, aceptando la mortalidad humana o profundizando en su espiritualidad se enfrentan mejor con la pérdida (Braun y Berg, 1994; Davis y otros, 1998; Wheeler, 2001). Incluso después de un suicidio de un joven, una pérdida terrible para los padres y los miembros de la familia, los supervivientes pueden superarlo cuando buscan su fortaleza interior y su capacidad de enfrentamiento y deciden comprometerse con la vida (Kalischuk y Davies, 2001).

La muerte de un hijo no sólo afecta profundamente a los padres, sino que también puede tener un efecto duradero en los hermanos supervivientes, ya que afrontan su propio duelo así como lo hacen sus padres y los demás en el sistema familiar. Los datos de estudios sin embargo, sugieren, que la experiencia también ofrece a los niños el ímpetu para el crecimiento psicológico. Por ejemplo, la investigación en familias en las cuales un hijo había muerto de cáncer hacía 7 o 9 años demostró que el auto-



concepto de los hermanos era más alto que el de los grupos de niños normativos (Martinson, y Davies). Además, diversas entrevistas con los hermanos indicaron que habían crecido psicológicamente como resultado de su experiencia. Por ejemplo, un chico de 16 años comentó *“tengo una mejor actitud frente a la vida ahora; es decir que me doy cuenta de lo importante que es la vida como resultado de la muerte de mi hermana.”* Los datos de las entrevistas con los padres también indicaron que se consideraba que los niños eran individuos sensibles, responsables, que maduraron como resultado de la experiencia.

Un estudio sobre los efectos a largo plazo de la muerte de hermanos, basado en entrevistas con adultos quienes en su infancia perdieron a un hermano (Davies, 1999), refiere como muchos hermanos sentían que esta experiencia les había enseñado a apreciar más la vida, a disfrutar de cada día ya que sabían de primera mano que la vida es limitada. Aprendieron a apreciar a sus seres queridos aún más y se sentían seguros hablando con personas muy enfermas. También se ha observado una reconstrucción de la identidad y un crecimiento personal similar en estudiantes universitarios que se han enfrentado a grandes pérdidas (Neimeyer, 2001).

En palabras de Robert A. Neimeyer cuando los pacientes u otros miembros de la familia, no redefinen la situación de manera que tenga en cuenta la realidad de la muerte inminente del paciente, hay pocas probabilidades de que busquen un significado, ocasionando que se centren en la parte negativa de la situación, y deseen que las cosas sean distintas. A veces estos miembros de las familias buscan el significado en el pasado, y en estos casos, más que encontrar esperanza y algún elemento de crecimiento o paz, sólo consiguen aumentar su frustración. Dependiendo del grado de capacidad de los miembros de una familia para redefinir la nueva situación, serán capaces o no de reconstruir una vida llena de significado, ajustarse y crecer psicológicamente con la experiencia de la pérdida.

Este enfoque visualiza a los seres humanos como *constructores de sentido*, tejedores de historias que ofrecen significado y argumentos a sus vidas. Una visión “constructivista” es que las historias de vidas que construyen las personas son tan variadas como sus biografías personales y tan complejas como su interrelación con las creencias culturales, las cuales informan sobre los intentos de construir nuevos significados.

El significado del significado

Tal como refiere Neimeyer (2002b) desde una perspectiva interdisciplinaria amplia, los fenómenos de la pérdida, de la pena y del duelo están atravesados de significados. Aunque a un cierto nivel las reacciones humanas al duelo se basan en la historia evolutiva compartida con otros animales sociales, la propensión humana, que nos distingue, a construir un universo simbólico sobrepuesto a uno natural también atribuye a nuestra adaptación a la muerte y a la pérdida una forma humana única que hemos de comprender *sociológicamente*, desde el entendimiento de la respuesta humana a la pérdida reconociendo el rol del ritual, de la cultura local y del discurso que le atribuye un significado, *psicológicamente* considerando el duelo como un esfuerzo para renegociar una autonarrativa coherente que adapte las transiciones dolorosas, tanto si son normativas como traumáticas, y *psiquiátricamente*, revisando las pruebas de que un duelo complicado constituye un diagnóstico diferente al cual las personas con historias problemáticas de apego pueden ser particularmente vulnerables.

Consideramos por ello que *el ser humano posee la capacidad de crecer a través del duelo, y de reafirmar o revisar los mundos de creencias que la pérdida ha puesto en peligro*, y esperamos que el lector comparta nuestra fascinación por lo que



denominamos *significado*, que se una a nosotros en la búsqueda de la comprensión del rol del duelo entendido como impedimento o como incentivo al crecimiento humano y a la realización.

Implícitamente, y a lo largo de lo que hemos descrito, se encuentra una visión expandida del concepto de significado, que trasciende el discurso muchas veces limitado que lo equipara a las "cogniciones" en las mentes de los individuos (Neimeyer, 2000). A pesar de que el significado muchas veces se enfoca en términos de interpretación, creencias o autoafirmaciones, la conciencia individual representa simplemente un sitio para la construcción del significado, que también reside y deriva del lenguaje, las prácticas culturales, las tradiciones espirituales, y las conversaciones interpersonales, todas las cuales interactúan para moldear y formar el significado del duelo para un individuo o grupo determinado. Una implicación de este punto de vista del significado más "socializado" es que incluso aquello que parece irreductiblemente personal -es decir, nuestros "modelos operativos" implícitos del self y del mundo- está anclado en nuestros lazos de apego con las personas significativas. Por eso, el significado de cualquier pérdida sólo puede entenderse con el trasfondo de los factores evolutivos, sociales o culturales que son irreducibles a los significados explícitos de la persona en duelo.

Referencias bibliográficas

- Attig, T. (1996) *How we grieve. Relearning the world.* Oxford University Press. New York.
- Braum, M. L.; Berg, D.H. (1994) Meaning reconstruction in the experience of bereavement. *Death Studies*, 18, 105-129.
- Campbell, J. (1988) *Historical atlas of world mythology.* New York: Harper & Row.
- Cyrulnik, B. (2007) *De cuerpo y alma. Neuronas y afectos: la conquista del bienestar.* Gedisa Editorial. Barcelona.
- Davies, B. (1999) *Shadows in the sun: The experiences of sibling bereavement in childhood.* Philadelphia, PA: Brunner/Mazel.
- Davies, B.; Chekryn-Reimer, J.; Brown, P.; Martens, N. (1995) *Fading away: The experience of transition in families with terminal illness.* Amityville, NY: Baywood.
- Davis, C.G.; Nolen-Hoeksema, S.; Larson, J. (1998) Making sense of loss and benefiting from the experience: Two construals of meaning. *Journal of Personality and Social Psychology*; 75: 561-574.
- Foucault, M. (1970). *El orden del discurso.* Barcelona: Tusquets.
- Freud, S. (1973) *Inhibición, síntoma y angustia.* Obras Completas, Vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- García, A. (2002) *Sobre el morir y la muerte.* Tenerife.
- Gilbert, K.R. (1996) We've had the same loss, why don't we have the same grief?. Loss and differential grief in families. *Death Studies*; 20: 269-284.
- Guedes, R. (2005) La pérdida y la creación de significado en el ámbito familiar. *Tánato's. Revista de la Sociedad Española e Internacional de Tanatología*, 6: 11-24.
- Hanus, M. (1994) *Les deuils dans la vie.* Maloine. París.



- Hockey, J. (1996) *The view from the west*. In G. Howardth; P.C. Jupp (Eds.), *Contemporary issues in dying, death and disposal* (pp. 3 - 16). Basingstoke: Macmillan.
- Hockey, J. (2001) *Changing death rituals*. In J. Hockey, J. K.; N. Small (Eds.), *Grief, mourning and death ritual* (pp. 185 – 211). Buckingham: Open University Press.
- Kalischuk, R. G.; Davies, B. (2001) A theory of healing in the aftermath of youth suicide. *Journal of Holistic Nursing Practice*, 19, 163-186.
- Knapp (1986) *Beyond Endurance: When a child dies*. Referido por Savage, J. A. en *Duelo por las vidas no vividas*. Luciérnaga. Barcelona.
- Lee, C. (1995) *La muerte de los seres queridos*. Plaza & Janés Editores. Barcelona.
- Maddisom, D.; Viola A.; Walker, W. L. (1969) Further studies in bereavement. *Amst and MZ J Psychiatr*. 113: 1057-67.
- Martinson, I.; Davies, B.; McClowry, S. (1987) The long-term effects of sibling death on self-concept. *Journal of Pediatric Nursing*, 2, 227-23 5.
- Milo, E.M. (1997) Maternal responses to the life and death of a child with developmental disability. *Death Studies*, 21, 443-476.
- Nadeau, J.W. (1997) *Families Making Sense of Death*. Newbury Park, CA, USA: Sage.
- Neimeyer, R. A. (2000) Searching for the meaning of meaning: Grief therapy and the process of reconstruction. *Death Studies*, 24, 54 1-557.
- Neimeyer, R.A. (2001) Reauthoring life narratives: Grief therapy as meaning reconstruction. *Israel Journal of Psychiatry*, 38, 171-183.
- Neimeyer, R.A. (2002) *Lessons of loss: A guide to coping (2nd ed.)*. New York: Brunner Routledge.
- Neimeyer, R.A. (2002b) *Duelo y significado*. En García, A. *Sobre el morir y la muerte*. Tenerife. Pp. 233-260.
- Neimeyer, R.A. (2005) La pérdida de un ser querido y la búsqueda del significado: Rescribiendo historias de pérdida y dolor. *Tanato's. Revista de la SEIT*. Pp. 6-10
- Parkes, C.M.; Weiss, R.S. (1993) *Recovery from bereavement*. Basic Books, Nueva York.
- Poletti, R.; Dobbs, Barbara (2004) *Cómo crecer a través del duelo*. Ediciones Obelisco. Barcelona.
- Raphael, B. (1984) *The Anatomy of bereavement*. Reprinted 1992 by Routledge. London.
- Roos, S. (2002) *Chronic sorrow*. New York: Brunner Routledge.
- Streobe, M; Gergen M.; Gergen K.;Stroebe W. (1996) *Broken hearts or broken bonds*. en Klass, D; Silverman P.R.; Nickman S.L. (Eds) *Continuing Bonds, new understanding of grief*; Philadelphia.Taylor & Francis
- Traylor, E.S.; Hayslip, B.; Kaminski, P.L.; York, C. (2003) Relationships between grief and family system characteristics: A cross lagged longitudinal analysis. *Death Studies*; 27: 575-601.
- Valentine, Ch. (2006) *Academic constructions of bereavement*. *Mortality*, Vol. 11, No. 1, pp. 57-78.



NÚMERO 10, octubre de 2007. *En torno al duelo y sus significados.*
Alfonso M. García Hernández

Walter, T. (1999). *On bereavement: The culture of grief*. Oxford: Oxford University Press.

Wheeler, I. (2001) Parental bereavement: The crisis of meaning. *Death Studies*, 25: 51-66.